Contribución al debate sobre la crisis del euro

Contribution to the debate on euro crisis

Carlos Lage Codorníu,[1]* Anabel Barceló Pérez,[1] Yaisilemy Herrera Lazo[1] y Carlos Enrique González García[1]

[1] Banco Central de Cuba (BCC), La Habana, Cuba.

* Autor para correspondencia: carlos.lage@bc.gov.cu

RESUMEN

Desde el comienzo de la crisis de la deuda pública en la Unión Europea (UE) en 2010, múltiples han sido las explicaciones en circuitos académicos sobre sus orígenes. Sin embargo, en no pocas ocasiones unas causas excluyen a otras; mientras que, como generalidad, responden a visiones de fallos corregibles al interior del sistema. El presente trabajo pretende contribuir al debate sobre los orígenes de la crisis desde la hipótesis de que son las contradicciones del sistema capitalista mundial y europeo las que, en última instancia, explican los fenómenos que ponen en tela de juicio la continuidad de la unión monetaria. Para ello, se analizan cuatro de los principales argumentos defendidos desde la teoría convencional «de izquierda» en contraposición a la crítica de la economía política. Como conclusión se asume que la viabilidad del proyecto solidario europeo es solo posible bajo la superación del sistema capitalista.

PALABRAS CLAVE: capitalismo, crisis, desigualdades, eurozona, financiarización, política económica.

ABSTRACT

Since the very beginning of EU´s public debt in 2010, there have been multiple explanations on academic circles about its origins. However, sometimes some causes exclude others; whereas, generally, they respond to amendable failure visions towards the system´s inward. The present paper attempts to contribute to the debate on the crisis´ origins, following the hypothesis that states that world and European capitalist system´s contradictions would eventually explain the phenomena that at present call into question the monetary union steadiness. The paper analyzes four out of the main arguments uphold by the "leftist" conventional theory, opposing the political economy criticism. As a conclusion, the article takes up that the feasibility of a European solidarity

project is only possible under the suppression of the capitalist system.

KEYWORDS: *capitalism, crisis, inequalities, Eurozone, financing, economic policy.*

RECIBIDO: 6/11/2012
ACEPTADO: 5/3/2013

Introducción

En los círculos académicos y políticos son muchas y diversas las interpretaciones de los orígenes de la crisis del euro. La dispersión de argumentos es frecuente e impide definir las enseñanzas que debemos obtener de la coyuntura económica mundial.

Esta investigación se propone abordar los principales elementos del debate sobre la crisis en la eurozona, con el objetivo de definir y sistematizar orígenes, manifestaciones y causas últimas. En tal sentido se estudiarán cuatro enfoques diferentes que, desde la izquierda convencional, resultan entre los más utilizados para entender cómo se generó la crisis:

1. la desregulación de los mercados financieros,
2. el diseño de la unión monetaria,
3. el crecimiento de las desigualdades, y
4. el manejo de la crisis (desde la política económica).

Finalmente, se resumirán y analizarán las conclusiones de cada visión desde el prisma de la economía política, de lo que derivan las principales enseñanzas para la ciencia económica.

La crisis desde la desregulación financiera

La presente crisis europea se hizo evidente a principios de 2010 ante los temores de los inversores sobre el incumplimiento de los pagos de la deuda soberana de Grecia, debido al alto endeudamiento del gobierno. A partir de este momento en Europa se han suscitado una serie de acontecimientos: ataques especulativos sobre los bonos soberanos de los denominados países periféricos: Portugal, Irlanda, Italia, Grecia y España (PIIGS); caída de los precios de las acciones en la bolsa y pérdida del valor del euro frente al dólar, a tal nivel que propició discusiones sobre el fin de la unión monetaria.

Para un grupo predominante de autores, la actual situación económica europea es parte de la crisis global iniciada en Estados Unidos en agosto de 2007, que tiene sus orígenes en la desmedida desregulación del sistema financiero internacional, en un contexto de altos niveles de innovación financiera y del ascenso de la globalización en el sector.

Entender este fenómeno precisa remontarse a la década de 1970, cuando la separación de la banca tradicional y de inversiones se vio afectada por dos procesos que ocurrieron al unísono: el rápido crecimiento del mercado de eurodólares y el desarrollo de los instrumentos financieros para la «cobertura» de

riesgos. El primer elemento se creó a partir de la creciente disponibilidad de dólares en los mercados internacionales, la cual se incrementó tras el *shock* petrolero de 1973, cuando los euro-dólares se convirtieron en el principal mecanismo de financiamiento de operaciones internacionales. Debido a que el principal mercado se encontraba en Londres y la moneda era el dólar americano, no existía un sistema de regulación para estas actividades. Por tal razón, se convirtió en un atractivo para entidades financieras con ambiciones globales, tanto americanas como europeas.

El segundo elemento consiste en el crecimiento de la sofisticación de los mercados de bonos, la cual le permitió a los bancos de inversión irrumpir en los nichos de mercado en los que operaban los bancos comerciales tradicionales; ello proporcionó un escenario caracterizado por la creciente competencia entre los bancos a nivel internacional, y se crearon así las condiciones para la liberalización del sistema.

Ante esta situación las autoridades encargadas de la regulación, tanto en Estados Unidos como en Europa, no solo tomaron una actitud pasiva, sino que promovieron la creación de mega-corporaciones financieras autorizadas a asumir varias actividades, desde captar depósitos hasta la inversión directa en los mercados de derivados financieros. Este escenario permitió un mayor desarrollo de la titularización, proceso mediante el cual deudas de distinta naturaleza terminaron convertidas en un producto financiero homogéneo del los inversores no tenían conocimiento sobre su origen, y que fue diseminado en los mercados internacionales tras recibir una alta calificación de las agencias «evaluadoras» de riesgos.

En pocas palabras, «se dio rienda suelta» a las entidades financieras para que maximizaran sus ganancias a cualquier precio, hasta el punto en que ya no fue posible revertir la situación. Así, el nivel de sofisticación de los productos financieros superó la capacidad reguladora de las autoridades monetarias.

A partir de 2001 la economía europea y la estadounidense se encontraban estancadas y los estímulos monetarios que se implementaron para solucionar este problema generaron una expansión del crédito que coadyuvó a la formación de burbujas en el sector hipotecario de estos países.

No es de extrañar que en 2007, dado el surgimiento de las turbulencias en el sector bancario estadounidense, haya comenzado un deterioro de la economía mundial, intensificado en septiembre de 2008 por la quiebra de Lehman Brothers (el cuarto mayor banco de inversión de ese país) y el rescate del American International Group (AIG) (la mayor aseguradora del mundo).

Precisamente, los bancos europeos fueron afectados debido a la interconexión de los mercados. De hecho, el inicio de la crisis se constata luego de que uno de los principales bancos franceses (BNP Paribás) suspendiera temporalmente los rembolsos a los inversores de tres fondos que administraba, al alegar la imposibilidad de calcular sus activos debido a la precipitada caída del valor de su cartera inmobiliaria.

En este contexto los efectos para el sistema financiero europeo estuvieron representados en la reducción del crédito ante el incremento de provisiones, quiebras bancarias, grandes pérdidas como consecuencia de la inversión en

activos «tóxicos» y serios problemas de solvencia. Ante la exposición de los bancos a los créditos *subprime*, estos recibieron fuertes inyecciones de liquidez del Banco Central Europeo (BCE) y fueron rescatados por sus respectivos gobiernos, a través de medidas sin precedentes como el financiamiento a varios segmentos del mercado financiero, el apoyo al crédito bancario mediante compras de papel comercial y bonos corporativos, lo que garantizó los pasivos de los bancos y adoptó esquemas para aliviar a las entidades financieras de los activos «tóxicos».

Incluso en una segunda etapa, a partir de mayo de 2010, se crearon programas de financiamiento a nivel regional (Fondo de Estabilidad Financiera y Mecanismo Europeo de Estabilidad Financiera), mediante los cuales se esperaba recaudar los fondos necesarios para proporcionar préstamos a los países que habían quedado con problemas tras la capitalización de sus bancas.

La situación europea ha estado plagada de tensiones financieras que presionan la estabilidad y solvencia de los bancos, así como el rendimiento exigido para la compra de los bonos soberanos emitidos por la mayoría de los países europeos; lo cual ha develado importantes problemas para la estabilidad del pacto monetario regional. La actual crisis de deuda pública era, en realidad, consecuencia de la decisión de financiar los altos niveles de deuda privada alimentada por la excesiva desregulación del sistema financiero.

La crisis desde el diseño de la unión monetaria

El 1.º de enero de 1999 surgen el euro y el Sistema Europeo de Bancos Centrales (SEBC) como parte de un conjunto de acciones emprendidas por los países europeos en pos del proyecto unitario nacido en la segunda posguerra. Con la introducción del euro se buscaba esencialmente potenciar el mercado común, un mayor énfasis de la política monetaria en los problemas regionales a través del BCE, una defensa ante ataques especulativos dada la ya fluida movilidad de capitales al interior de la eurozona, y un potente símbolo político como garante de la estabilidad continental. Sin embargo, la empresa de asumir el euro debió partir de determinados requisitos de base que no reunía la unión monetaria al momento de su constitución.

Un elevado grado de integración entre un país y un área de tipo de cambio fijo (o con una moneda común) magnifica la estabilidad de su economía. Si el nivel de integración es elevado, una caída del producto se atenúa por la mayor demanda de este en el mercado común dada la disminución de los precios. Igualmente, el efecto contractivo sobre la economía se mitigaría a través del traslado de la fuerza de trabajo y el capital excedente hacia otros países de la región. Por ello, la teoría de las áreas monetarias óptimas (AMO) refiere que una unión monetaria servirá mejor a los intereses de sus miembros si el grado de comercio de productos es elevado y si la movilidad de factores entre sus economías es amplia (Krugman y Obtsfeld, 2001, p. 653).

Al momento de la creación del euro, la mayor parte de los países de la eurozona exportaban entre el 10 % y el 20 % de su producción a alguno de sus miembros (Krugman y Obtsfeld, 2001, p. 654). Ello significa que ante una

contracción del producto en un país, solo una quinta parte (aproximadamente) de la caída sería sensible de ser compensada por el resto de la unión. Por otro lado, si bien desde años anteriores a 1999 habían ganado en desarrollo los mercados financieros europeos, para dar paso a la libre movilidad de capitales, aún existían grandes restricciones en cuanto a la movilidad del trabajo. Estas no solo estaban asociadas a las diferencias de regulaciones entre países, sino también a temas culturales relacionados con la enorme diversidad existente al interior de la unión monetaria.[1]

Por tanto, la zona euro distaba de ser un AMO y de cumplir, por ello, las condiciones mínimas para asegurar el objetivo de potenciar el desarrollo armónico del mercado común. Al marco teórico de análisis de las AMO habría que adicionar las grandes asimetrías presentes entre los miembros de la región. Los países del norte de Europa estaban mejor dotados de capital y trabajo que los del sur, mientras que los productos de la zona que utilizaban intensivamente trabajo de baja cualificación provenían de Portugal, España, Grecia o el sur de Italia.

La creación del euro fomentó un falso sentido de seguridad entre inversores privados, lo que promovió grandes e insostenibles flujos de capital hacia las naciones de la periferia europea. Así, se incrementaron los costos y precios, las manufacturas se hicieron poco competitivas y las naciones que habían balanceado su comercio en 1999 comenzaron a tener enormes déficits comerciales, a la vez que el norte mantuvo superávits (Krugman y Obstfeld, 2012a).

Para mantener el desequilibrio en las balanzas por cuenta corriente a su favor, los países del norte europeo (en especial Alemania)[2] sustituyeron superávit comercial por deuda externa; es decir, vendían a los países de la periferia y, al mismo tiempo, financiaban su endeudamiento para que le compraran el excedente comercial.

La crisis derivó también de las diferencias de competitividad acumuladas entre el núcleo y la periferia. El primero aumentó sus niveles de productividad, mantuvo bajas tasas de inflación y emprendió procesos de ajuste y moderación salarial; mientras que la segunda conservó diferenciales de inflación positivos con respecto al núcleo y vio crecer los salarios de los trabajadores, entre otras cosas, porque partían de niveles inferiores.

Desde el punto de vista del diseño institucional, el débil federalismo fiscal de la eurozona impide trasladar suficientes recursos económicos desde los miembros con economías más sólidas hacia los países periféricos, lo que pudiera ser un mecanismo efectivo para corregir las asimetrías al interior

[1] En Europa existen 13 lenguas oficiales. Según Eurostat, solo un 18 % de las personas entre 18 y 34 años se creen capaces de hablar otra lengua, generalmente el inglés (Campanella, 2012).

[2] Desde la reunificación nacional, la base productiva alemana se basó en reestructurar su economía –con una demanda interna débil debido a factores culturales que propenden a elevadas tasas de ahorro– hacia el comercio exterior o, en otras palabras, en exportar más hacia los países periféricos.

de la región. Muestra elocuente de ello ha sido el manejo de la crisis y las dificultades y requerimientos para asistir a los estados en problemas.

Por su parte, el diseño del BCE ata de manos y pies a los miembros de la unión en términos de política monetaria. En primer lugar, el Tratado de Maastricht establece como mandato fundamental de la autoridad monetaria el mantenimiento de la estabilidad de precios, lo que le impone un compromiso «legal» con la inflación por encima de la estabilidad del producto. Asociado a ello, la resistencia de este organismo a monetizar la deuda de los gobiernos expone los títulos públicos al juego de los especuladores en los mercados financieros. En segundo lugar, el banco central tampoco tiene prerrogativas constitucionales como prestamista de última instancia, por lo que los países miembros son mucho más vulnerables ante el estallido de crisis financieras. Por último, el BCE tiene una independencia elevada (quizás la mayor del mundo), puesto que sus facultades solo pueden ser revocadas al modificar el Tratado de Maastricht. Ello implica que, en la práctica, sirva más a los intereses del sector financiero que a los de los países miembros cuya moneda emite.

De esta manera, el diseño del euro estaba llamado a crear los problemas actuales. El hecho de que no estallaran hasta la explosión del *boom* inmobiliario en Estados Unidos (con grandes vínculos con la banca europea) se explica porque precisamente, dada la gran afluencia de capitales a los países periféricos, estos incrementaban su demanda, pero no por el aumento de los ingresos, sino a través del enorme apalancamiento del sector privado. Los países periféricos eran pacientes terminales con respiración artificial; una vez sin los equipos auxiliares su salud se mostró tal y como era realmente.

En sus últimas cumbres y reuniones de alto nivel, los líderes de la eurozona se han manifestado por avanzar hacia la unión bancaria, lo que sería un paso inicial hacia la controvertida pero también proyectada unión fiscal. En cuanto a la primera, basada en la creación de un mecanismo común de gestión de crisis, la convergencia o unificación de los fondos de seguro de depósitos, la centralización de la supervisión bancaria en manos del BCE y las propuestas presentadas aún dejan grandes responsabilidades a las propias naciones, lo que impide asegurar que estén próximas a alcanzar el verdadero objetivo de la unión bancaria (la separación entre riesgos bancario y soberano). La tensión que supuso la crisis para el proyecto paneuropeo ha manifestado cómo priman aún los intereses nacionales sobre los regionales y cómo, lejos de acercarse, los países miembros parecieran separarse cada vez más de este empeño.

La crisis desde la desigualdad social

Otro análisis de los orígenes de la crisis compartido por varios autores radica en la contracción de la demanda que se derivó de las profundas desigualdades sociales que dejó la implantación de las políticas neoliberales en los últimos treinta años. Este argumento explica, al igual que la desregulación del sector financiero, tanto la crisis en Europa como en Estados Unidos.

A inicios de la década de 1980 los gobiernos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher iniciaron una política de lucha contra los sindicatos, desmembramiento del estado de bienestar y liberalización de la actividad empresarial, que luego se extendió al resto de Europa.

Esta ofensiva neoliberal en el primer mundo se completó con una serie de acuerdos de libre comercio que permitieron deslocalizar la producción a otros países, donde los salarios eran más bajos y los controles sindicales y fiscales, más débiles. Los empresarios no solo lograban mayores beneficios al disminuir sus costos de producción, sino que deprimían el empleo interno y la capacidad de los obreros para luchar por la mejora de sus condiciones de trabajo y su remuneración. Así se inició lo que Paul Krugman (2012d) ha llamado «la gran divergencia», o proceso de crecimiento desproporcionado de las desigualdades sociales.

De conjunto, todas estas agresiones a los ingresos de los trabajadores debilitaron profundamente la demanda doméstica. Sin embargo, ello no tuvo un efecto inmediato sobre la economía debido a que, en primer lugar, estas políticas en Reino Unido y Estados Unidos se acompañaron de un incremento notable en los gastos gubernamentales para la guerra, lo que implicó un impacto neto expansivo sobre la economía; y, en segundo lugar, a partir de la década de 1990 los niveles de consumo de las clases medias del mundo desarrollado se mantuvieron «artificialmente» a expensas de un sector financiero cada vez más desregulado.

A ello se sumó el impacto generado por los nuevos rasgos patrimoniales que presenta el consumo en los sectores altos y medios. Como una parte de los recursos de estos segmentos ha sido convertido en bonos y acciones, las corrientes de compras dependen más de la oscilación de la riqueza financiera que del comportamiento de los ingresos. Los factores que determinan la «confianza del consumidor» han quedado atados como nunca antes a los mercados financieros.

Finalmente, las consecuencias de esta inmensa redistribución de la riqueza no solo se manifestaron en el empobrecimiento de los trabajadores y de las clases medias, sino que dieron a los empresarios una influencia política con la cual resulta cada vez más fácil fijar las reglas que les permiten consolidar su poder, tanto por la disminución de sus contribuciones estatales como por la presión para la desregulación de las actividades comerciales y financieras.

La crisis desde su gestión macroeconómica

Entre los análisis de las posibles causas de la crisis en la eurozona se impone, finalmente, una revisión de las medidas que en materia de política económica han sido adoptadas por las principales autoridades regionales en pos de detener su impacto; es decir, cómo ha sido gestionada la situación económico-financiera europea y las implicaciones que de ella se han derivado.

En este sentido, el BCE, por una parte, ha reducido las tasas de interés –pese a que en abril y julio de 2011 las elevó ligeramente, para luego, en noviembre, retornar a la tendencia a la baja– hasta alcanzar niveles mínimos para la unión monetaria (actualmente 0,75 %); por otra, ha implementado

medidas monetarias no convencionales[3] como: operaciones adicionales de financiación a más largo plazo, reactivación del programa de compra de bonos, flexibilización de requisitos de colateral y reducción del coeficiente de reservas.

Este conjunto de medidas ha estado encaminado a reactivar el débil crecimiento del producto a través del crédito bancario, sin descuidar el posible efecto sobre la inflación, indicador objetivo de la autoridad monetaria europea. En teoría, en un contexto de bajas tasas de interés y una mayor liquidez en manos de las instituciones bancarias, existe una propensión a la concesión de préstamos, que a su vez estimularán el consumo, en el caso de los hogares y la inversión en el sector empresarial, con un consecuente impacto positivo sobre el producto interno bruto (PIB).

Sin embargo, en la práctica los bancos han colocado nuevamente el exceso de liquidez en las arcas del BCE como consecuencia de la desconfianza en la capacidad de pago de los prestatarios. Es por este motivo que en julio último la autoridad monetaria resolvió llevar a cero la tasa sobre dichos depósitos, decisión que no ha revertido tal situación, ante la incertidumbre en torno al escenario de la unión monetaria.

La aplicación, tanto de mecanismos tradicionales como no convencionales, no ha sido suficiente para reactivar el canal del crédito; por lo que, en síntesis, las acciones de política monetaria hasta el momento han tenido un escaso impacto en la economía real europea.

Uno de los acuerdos más recientes del BCE fue la compra ilimitada de bonos soberanos de los países con problemas financieros, lo cual ha creado un entorno favorable e, incluso, ha apreciado el euro. No obstante, la medida tiene un conjunto de deficiencias que lastran su efectividad.

En primer lugar, esta política es esteril, debido a que su objetivo es reducir las tasas de interés de la deuda pública y disminuir el porcentaje deuda/PIB; en consecuencia, el BCE compra títulos con baja calificación y en paralelo vende otros de «calidad»; así, la operación no es realmente ilimitada, sino que existe la restricción de la tenencia de estos últimos bonos.

Otro problema se asocia a la condición de que el Estado solicite previamente ayuda a los fondos de rescate europeos, lo que supone criterios muy restrictivos para que el BCE haga efectiva la compra. En tanto, los bonos implicados son de corto plazo, por lo que el financiamiento derivado limita la posibilidad de inversión en infraestructura por parte del Estado, y ello provoca un impacto sostenido sobre el producto.

Por último, y no menos relevante, las transacciones se realizarán a través del mercado secundario, por lo que el principal beneficio es para los bancos privados que recibirán financiamiento «barato»; como el costo real de los préstamos

[3] En circunstancias de bajos niveles de tasas de interés –principal instrumento de política monetaria del banco central regional–, las herramientas de la institución se ven limitadas, por lo que esta necesita recurrir, para la consecución de sus objetivos, a otros instrumentos que no son tradicionales en la conducción de la política monetaria. Estas acciones son aplicadas en condiciones excepcionales y por definición presentan un carácter temporal.

de gobierno se determina en las subastas del mercado primario, se impide que el efecto sobre las tasas de interés de la deuda pública sea duradero.

Es por tales motivos que se considera que esta decisión no representa una solución real y convincente a la crisis de deuda pública existente en varios de los países del área, sino una mera salida de corto plazo que ha servido de antesala para lanzar expectativas positivas a los mercados financieros.

A su vez, en relación con la política fiscal, se han activado planes de rescate financiero (temporal y permanente) para asistir a los miembros con problemas de deuda soberana, siempre y cuando estos se acojan a una fuerte condicionalidad. Asimismo, se incorporaron nuevas reglas de equilibrio presupuestario de obligatorio cumplimiento en las legislaciones nacionales, con el objetivo de promover una mayor disciplina fiscal. En adición, un número importante de países ha aplicado agudos programas de recortes presupuestarios para sanear las finanzas públicas y aliviar la situación financiera.

De manera general, estas acciones llevan de fondo severos criterios de austeridad que, además de su elevado costo social, generan dos problemas macroeconómicos fundamentales. El primero es que dadas las condiciones existentes en la zona euro (depresión de la inversión y el consumo), la reducción del gasto público implica que el crecimiento del PIB dependa principalmente del sector externo, lo que hace la región más vulnerable ante *shocks* exógenos; el segundo además, se crea una especie de círculo vicioso –radica en que altos porcentajes de deuda pública se «solucionan» con reducciones de gastos que contraen el PIB, por lo que el país necesita continuar endeudándose.

Desde la perspectiva macroeconómica se aprecia una política monetaria expansiva (ineficiente) *versus* una fiscal contractiva –que sí ha tenido un efecto restrictivo sobre el producto–, fenómeno que lejos de solucionar la crisis ha potenciado su magnitud. Los hacedores de política europeos no han logrado articular un eficiente diseño que garantice una salida a la situación económico-financiera, sino que han profundizado sus males de fondo, y, en última instancia, sus acciones podrían desencadenar nuevos desequilibrios y deformaciones macroeconómicas.

Detrás de este andamiaje se encuentran fuertes intereses políticos, dirigidos a beneficiar fundamentalmente el sector bancario alemán y el francés, para que recuperen el capital comprometido con la deuda de los países periféricos, en detrimento de los intereses generales de estas naciones.

Ajustando el catalejo. La crisis desde la economía política

Hasta ahora, todos los elementos que se han tratado sobre las causas de la crisis europea y sus consecuencias son realidades económicas innegables, en el entendido de que se han incluido las visiones desde la izquierda del sistema y se ha hecho caso omiso de aquellas causas que aducen su ortodoxia –la osadía de los banqueros, los desaciertos de los gobiernos y la responsabilidad de los deudores, entre otras (Katz, 2010).

La sistematización realizada no contradice el análisis desde la economía política, solo que esta última, al tomar en cuenta todas las relaciones del

sistema capitalista, es capaz de ajustar el catalejo a elementos que la economía convencional no sitúa en su panorama. De hacerlo, habría que reconocer todas las contradicciones internas antagónicas del sistema capitalista y la inviabilidad del este, lo que sería pedirle demasiado.

La desregulación financiera. El ADN del sistema en estado puro

Desde la década de 1970, especialmente en la de 1980, el sistema capitalista enfrentó una disminución de sus capacidades para generar ganancias y valorizar el capital de la misma forma que lo había hecho en las décadas posteriores a la II Guerra Mundial, debido al aumento incesante de capital por unidad de producto y la disminución del capital variable, al fin y al cabo, la única fuente de producción de valor.

Para evitar la caída de la cuota de ganancia se encontraron dos soluciones. Por un lado, y acompañado por el auge de la doctrina neoliberal como punta de lanza, se profundizó la penetración de los capitales en las economías de la periferia; por otro, ocurrió el fenómeno de la financiarización en los países del centro, con el afán de encontrar en el sector financiero lo que la economía real ya no era capaz de brindar.

La penetración de los organismos reguladores por los banqueros y agentes de la economía financiera, y la acción de los *lobbies* políticos que representan sus intereses son parte consustancial del funcionamiento de la política dentro de las economías capitalistas. La compulsión a incrementar el beneficio autodestruye las regulaciones heredadas de los periodos precedentes. En el capitalismo, el Estado no es una entidad al servicio del bien común, sino un órgano de protección de las clases dominantes (Katz, 2010).

No están equivocados los análisis de la economía convencional al presentar la desregulación financiera como uno de los principales escalones que han llevado a la presente debacle. Se equivocan cuando la presentan como un error evitable y no como la forma encontrada por el capitalismo en las postrimerías del siglo XX para poder cumplir con su ley económica fundamental: la obtención cada vez mayor de plusvalía.

El diseño del euro. ¿Se equivocaron los países más poderosos de Europa?

Otro de los argumentos fuertemente esgrimidos para explicar la crisis europea se basa en los problemas que tuvo el diseño de la unión monetaria, la cual en realidad no representaba un área monetaria óptima. Preguntarnos si esto era evitable implica razonar sobre cuáles eran los verdaderos objetivos que tenían las economías centrales europeas (en especial Alemania) para instaurar la moneda única.

El euro fue diseñado desde una perspectiva neoliberal; los mismos elementos que hoy se señalan como problemas fueron los que permitieron que los capitales de los países más desarrollados de Europa fluyeran libremente hacia los periféricos. Se aseguraron mano de obra barata y mercados seguros para sus excedentes de producción y capital. Los «errores» de diseño del euro con la ausencia de una estructura fiscal que permitiera la redistribución de la renta y la riqueza desde las zonas en las que se genera

y acumula, hacia las que se producen situaciones de recesión y crisis, no fueron casuales.

Otros de los elementos que han exacerbado la crisis, y a los que más propaganda se les ha hecho, son las contradicciones cada vez mayores que han surgido dentro de Europa entre los países del centro y la periferia. Con la crisis se ha pasado de una situación en la que parece que todos ganan, a lo que se puede llamar juego de suma negativa, es decir, donde cada una de las partes cree que está peor de lo que estaría si no estuviera en el euro: los del núcleo, porque creen que han financiado la orgía inmobiliaria y el bienestar de los países periféricos, y estos, porque suponen que los países centrales les están imponiendo políticas de austeridad que provocan desempleo y acaban con los derechos sociales y con las perspectivas de bienestar y crecimiento económico (Montero Soler, 2012).

En realidad, este no ha sido más que el argumento mediático de la clase capitalista para disfrazar como un conflicto entre las poblaciones de países del norte y el sur lo que realmente es una contradicción entre el capital y el trabajo. Mientras Alemania desaceleró el crecimiento de las rentas del trabajo a favor de las rentas del capital, lo hizo ver mediáticamente como un resultado de las transferencias del país hacia la región, fundamentalmente aquellos estados que como Grecia habían sido excesivamente «irresponsables y derrochadores».

Sin lugar a dudas, el diseño del euro ha empeorado la situación, pero no fue un error, simplemente reflejó los intereses y los afanes dominadores de los capitales transnacionales por ganar nuevos territorios, para su explotación, en un entorno de fuerte competencia de las grandes potencias globales por el reparto económico mundial. Ignorar esta realidad era de esperar de la economía convencional, pero no la niega; en todo caso, la convierte en una realidad oculta.

Las desigualdades y el erróneo manejo de la crisis. ¿Peras al olmo?

Uno de los elementos señalados por los economistas convencionales más heterodoxos son las contradicciones entre el objetivo de superar la crisis y las políticas de austeridad impuestas en Europa. Se acusa, en especial, a Alemania de imponer políticas contractivas y negar un papel más fuerte del BCE, lo que solo provocaría una profundización de la crisis.

Las políticas de austeridad –recurso mediático para denominar lo que en realidad son políticas neoliberales– no surgen como respuesta a la crisis, sino que representan una continuidad. Con anterioridad se utilizaron como palanca para la entrada de los países al mercado común, luego como pretexto para la supuesta superación de la debacle. Tanto la explicación que aduce al incremento de las desigualdades como aquella que se basa en el manejo macroeconómico actual, responden a la implantación de estas políticas.

No se puede ignorar que el capitalismo, desde sus inicios, ha presentado una importante contradicción, agravada sobre todo en momentos de crisis. Por un lado, el objetivo es obtener ganancias y eso solo es posible a costa de

incentivar el consumo a gran escala, mientras que no es capaz de brindar los ingresos necesarios a las masas trabajadoras para que esto ocurra efectivamente. En momentos en los que se pone en peligro su capacidad para obtener plusvalía, la solución siempre ha gravitado en contra de la clase trabajadora.

Los economistas heterodoxos presentan estos desequilibrios como perturbaciones de la demanda, que podrían superarse mediante la ampliación del consumo. No reconocen que el capitalismo no tiene remedios sustanciales a esta contradicción. En su propio desarrollo incentiva objetivos contrapuestos, al propiciar la ampliación de las ventas y la obtención de ganancias con menores costos salariales, ambos, objetivos incompatibles. La búsqueda de beneficios con bajos sueldos deteriora la posibilidad de ensanchar los mercados. En última instancia, esta contradicción se deriva del divorcio existente entre las condiciones de valorización (tasa de explotación) y realización (volumen de ventas) del capital.

Por su parte, la gestión de la crisis desde la política monetaria, aunque sin efectividad aparente, se centró en incrementar las reservas bancarias para así estimular el canal del crédito. El debate sobre el papel de las políticas monetarias activas es muy diverso, por lo que se encuentran algunos autores, como Rodríguez Vargas (2006), que consideran que la visión marxista es más cercana al monetarismo; si el trabajo es la fuente de creación del valor, entonces la emisión de dinero fiduciario debe corresponderse estrictamente con la producción de bienes y servicios en un periodo dado. Las políticas de «salvataje» del sistema bancario no hicieron más que inundar de líquido nuevo la economía para nutrir capital ficticio. En momentos en que los canales tradicionales de la economía real se encuentran «desengrasados» producto de la crisis, el dinero fresco va directamente hacia las actividades especulativas, lo que profundiza los procesos de concentración y centralización del capital.

De manera general, una tendencia de la transformación neoliberal de los últimos años fue el protagonismo alcanzado por la política monetaria dentro de la gestión macroeconómica del gobierno, lo que obedece al ascenso en el mundo académico del dogma monetarista; pero, en última instancia, a la lógica de trasladar las soluciones de las contradicciones del sistema hacia el sector que mayores rendimientos reporta al capital en los momentos actuales.

Por ello, la estrategia expansiva en términos de política monetaria (si bien parece ir en sentido opuesto) no se puede ver de forma aislada a las políticas de austeridad, sino como parte integrante de la estrategia neoliberal. Esta escasa disposición de las clases dominantes para implementar medidas de retorno al estado de bienestar expresa la propia naturaleza del sistema capitalista, dado que las políticas llevadas a cabo en el mundo desarrollado, luego de la segunda posguerra, fueron resultado de unas condiciones históricas determinadas, donde Europa Occidental debía competir, en lo social, con los procesos de construcción socialista de Europa del Este (Katz, 2010).

Solución de la crisis. Es el capitalismo...

La economía convencional ha descrito con acierto múltiples factores desencadenantes de la crisis: la desregulación de los mercados financieros, el incre-

mento de las desigualdades producto de la ofensiva neoliberal, el mal diseño de la unión monetaria y la desatinada gestión de la crisis. Sin embargo, estas causas son manifestaciones de las reales contradicciones del sistema capitalista mundial y en el contorno socioeconómico europeo.

Parafraseando las lapidarias palabras con que Bill Clinton enterró a su contrincante republicano en las elecciones estadounidenses a inicios de la década de 1990, el sociólogo Atilio Borón (2012) da con la esencia de la actual situación: «es el capitalismo, estúpido». La crisis es, a todas luces, una crisis general del sistema capitalista. Sus manifestaciones obedecen al momento histórico y al desarrollo del capitalismo, pero sus causas esenciales permanecen intactas.

La tensión provocada por la crisis ha puesto de manifiesto el antagonismo entre los intereses de la oligarquía financiera e industrial alemana (y los países del norte europeo) y los verdaderos intereses de integración. La unión solo avanza en aquellas cuestiones que tienden a reproducir el esquema actual de funcionamiento del euro –unión bancaria, austeridad fiscal, condicionamientos del BCE–. Pero en lo relativo a romper las asimetrías internas –impulsar políticas de crecimiento, emitir deuda común, aplicar políticas contractivas en el norte y expansivas en el sur– predominan los aparentes intereses nacionales y la no disposición de los países acreedores de pagar la «irresponsabilidad y el derroche» de los países deudores. Se quiere solucionar una crisis provocada por el funcionamiento natural del sistema capitalista, pero manteniéndose dentro de sus márgenes.

Más de medio siglo después de iniciar los esfuerzos por su unificación, el viejo continente se encuentra más desmembrado que nunca. Solo la superación del sistema capitalista podría reconvertir el proyecto neoliberal de la unión monetaria en el proyecto de la Europa solidaria que vive en el imaginario de los ciudadanos de la región.

BIBLIOGRAFÍA

Astarita, R. (2012): «Sobre los orígenes de la crisis financiera», *Rebelión*, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=150971> [11/6/2012].

Borón, A. (2012): «No es Grecia, es el capitalismo, ¡estúpido!», *Rebelión*, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=131061> [14/11/2012].

Campanella, E. (2012): «Europe´s Crisis of Tongues», *Project-Syndicate*, <http://www.project-syndicate.org/commentary/europe-s-crisis-of-tongues-by-edoardo-campanella> [7/8/2012].

Charlemagne (2012): «The Greek Crisis. The End of the Marathon?», *The Economist*, n.º 346, <http://www.economist.com/blogs/charlemagne/2012/02/greek-crisis> [21/2/2012].

Chesnais, F. (2012): *Las deudas ilegítimas, cuando los bancos meten mano en las políticas públicas*, Clave Intelectual, Madrid.

Comte, O. (2012): «El fantasma de Marx remece Wall Street y el mundo», *The Economist*, n.º 346, <http://www.eleconomista.cubaweb.cu/2012/nro429.html> [12/9/2012].

Díaz Parra, I. (2012): «Europe´s Tired Engine», *The Economist*, n.º 346, <http://www.economist.com/node/21560601> [18/8/2012].

_____ (2012): «¿Y si fuera una crisis de sobreproducción?», *Rebelión*, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=154966> [24/8/2012].

Errejón, J. A. (2012): «No son las finanzas, es el capitalismo», *Rebelión*, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=144389> [9/2/2012].

Esteve Mora, F. (2011): «Keynes y el euro», *Rebelión*, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=141140> [12/12/2012].

Fontana, J. (2012): «Más allá de la crisis», *Rebelión*, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=144304> [8/2/2012].

Katz, C. (2010): «Interpretaciones de la crisis», Comité para la Anulación de la Deuda del Tercer Mundo, <http://cadtm.org/Interpretaciones-de-la-crisis> [25/9/2012].

Krugman, P. y M. Obstfeld (2001): *Economía internacional. Teoría y política*, Pearson Educación, Madrid.

_____ (2012a): «The Austerity Debacle», *New York Times*, <http://www.nytimes.com/2012/01/30/opinion/krugman-the-austerity-debacle.html> [29/1/2012].

_____ (2012b): «Death of a Fairy Tale», *New York Times*, <http://www.nytimes.com/2012/04/27/opinion/krugman-death-of-a-fairy-tale.html> [26/4/2012].

_____ (2012c): «Europe's Economic Suicide», *New York Times*, <http://www.nytimes.com/2012/04/16/opinion/krugman-europes-economic-suicide.html> [15/4/2012].

_____ (2012d): «Europe's Great Illusion», *New York Times*, <http://www.nytimes.com/2012/07/02/opinion/krugman-europes-great-illusion.html> [1/7/2012].

_____ (2012e): «What Ails Europe», *New York Times*, <http://www.nytimes.com/2012/02/27/opinion/krugman-what-ails-europe.html> [26/2/2012].

Mishkin, F. S. (2008): *Moneda, banca y mercados financieros*, Pearson Education, México D. F.

Montero Soler, A. (2012): «El euro, tal y como lo conocemos hoy, es inviable», *Rebelión*, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=156688> [27/9/2012].

Pisani-Ferry, J. (2012): «Europe's Zero-sum Poison», *Project-Syndicate*, <http://www.project-syndicate.org/commentary/europe-s-zero-sum-poison> [31/7/2012].

Rodríguez Vargas, J. J. (2006): «La moneda en Marx», ponencia, La Semana de Economía: la Vigencia de la Economía Política y el Marxismo, Aragón.

Tapia, J. A. (2012): «Preguntas y respuestas para entender la crisis», *Rebelión*, <http://www.rebelion.org/docs/145928.pdf> [15/2/2012].

Torres, J. M. (2012): «El capitalismo es su propia crisis», *Rebelión*, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=156677> [26/9/2012].

Toscano, D. (2012): «No es una crisis, es el sistema», *Rebelión*, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=145277> [27/2/2012].

Tully, S. (2012): «Un "euro suave", ¿la solución a Europa?», *CNN-Expansión*, <http://www.cnnexpansion.com/economia/2012/08/09/dos-genios-economicos-pelean-por-el-euro> [10/8/2012].

Vives, X. (2012): «Banking Disunion», *Project-Syndicate*, <http://www.project-syndicate.org/commentary/banking-disunion> [26/7/2012].

•••